

Contra el fascismo de Ramírez y su Gobierno y con los perseguidos políticos argentinos

MULTITUD



REVISTA DEL PUEBLO Y LA ALTA CULTURA

PABLO DE ROKHA

U. R. S. S.

CENTINELA DEL UNIVERSO

Tres enormes hechos, cuya raíz es una y múltiple, condicionan la inmensa grandeza soviética: 1.º Toda la organización social, está basada en una gran doctrina, que deviene ideología, — el marxismo—; 2.º Aquella se expresa, objetivándose, en un partido político, —el Partido Comunista Bolchevique—, que comanda y regula, como método y técnica, la comunidad soviética; y 3.º El sitúa al individuo, socialmente, “según su necesidad y su capacidad” allí, en donde produce su conjugación integral con el ambiente.

De tal categoría y organización teórico-práctica, se desprenden dos conclusiones, dos situaciones que se resuelven así: la unidad nacional y la libertad histórica.

La unidad crea un núcleo de expansión que se internacionaliza, porque todo lo biológicamente bien constituido, está históricamente bien constituido y se expande en lo humanístico y en la ecuación euménica; y la libertad florece del orden, porque cada cual hace aquello que puede y debe hacer y, porque cada cual, al ocupar su sitio de hecho, es libre, por categoría; de lo cual se deduce el hecho funcional, y la sociedad marcha, sin énfasis, regularmente, naturalmente, hacia su destino, otorgando y entregando a la criatura humana la viabilidad supina y la alegría, desprendida de la conjugación heroica hombre-mundo.

Ahora, la unidad nacional y la libertad histórica, son una misma cosa, puesto que no son un dogma, en un país que carece de dogmas, sino la intuición social de la existencia social y el goce enorme de sentir la convivencia humana.

Algunos enemigos aviesos de la organización soviética, ligados o emparentados con el trotskismo, sostienen que la U. R. S. S. no es comunista y que el socialismo fué traicionado, como comunismo. A esas panteras hay que responder que desconocen las etapas de la realización marxista. Y que, la primera, de liquidación paulatina y progresiva de las últimas formas de capitalismo es la más difícil, la más atterradoramente difícil y dramática de entender, para los que no desean entender sino lo que les conviene. Otros, más bobos, dicen que la U. R. S. S. comunicará toda la tierra, por la espada, y la calumnian, porque no saben que todos los pueblos del mundo superarán el capitalismo, por capitalismo. La U. R. S. S. no tendría ya ni para qué imponer su régimen, el cual se impone sólo, con el ejemplo, y por efectos de los procesos ineludibles de maduración, descomposición, superación y caída del capitalismo individual, como una consecuencia clara de sus contradicciones insobornables. Por eso se disolvió la Internacional Comunista. Aquello, después de haber jugado un papel de vigía y faro de

los trabajadores manuales e intelectuales del Universo.

Naturalmente, el gran protagonista del inmenso fenómeno histórico que significa la asombrosa creación de los Soviets, es el pueblo, y, por la primera vez en el devenir de todos los tiempos, se produce “el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”, según quería Lincoln, y el Estado se identifica con la colectividad, no generadora o reguladora, sino que es el poder público.

Toda la estupenda tradición milenaria del pueblo ruso, su potencial heroico y creador, su corazón acendrado, doloroso, infinito, como el corazón de todos los pueblos del mundo, el corolal aliento tremendo de las masas, surge de entre el bosque de banderas de los líderes y los héroes, que son sus gobernantes. En ellos se expresan las multitudes, las muchedumbres y el fervor, la pasión popular y sus experiencias milenarias. Hablan por lengua de sus conductores, las inmensas figuras de los Gogol, los Dostoievsky, los Tolstoy, los Puskin, los Gorky grandiosos, y el Soviet recogió lo sobrecogedor y maravilloso de los anchos bandos populares y la voz de sus sabios, sus filósofos, sus políticos, sus sociólogos y sus artistas de todos los tiempos, la sedimentación cósmica de los antepasados. El genio singular de Lenin y Stalin suscitó de los mitos antiguos, la forma heroica del

presente, y la fe cívica sin degollar al tormentoso y aterrado ser subjetivo. La gran estampa del ejemplar soviético, del hombre y la mujer enormes de hoy, con una concepción social pura y definitiva, de la persona mundial de hoy, es la consecuencia revolucionaria de aquellas costumbres guardadas en el tesoro de la sabiduría popular, pues la sabiduría popular, no sólo no fué pisoteada, sino que fué estructurada, como un valor de base gigante por los forjadores y los generales soviéticos. De ahí, se desprendió, entonces el gran soldado, el gran intelectual, el gran minero, el gran filósofo, el gran sociólogo, —aunque toda gran filosofía es una gran sociología, como toda gran psicología—, el gran poeta, el gran obrero de los koljoses enormes y las fábricas. Todos son pueblo y fueron pueblo, pueblo creador, creador y propulsor de creadores, —profetas y poetas,— pueblo santo, pueblo limpio y trascendental, y aquella lección de honor mundial, de honor social e internacional, para la humanidad pasada y presente y futura que da la U. R. S. S., como pueblo en armas, que es la misma que dictara desde la cátedra sacra de la paz, es la lección de honor del pueblo a todos los pueblos del mundo, todos los que son capaces de hacer lo mismo, llegada la hora de la historia, la ho-

(Pasa a la pág. 2)

RICARDO A. LATCHAM

La actualidad de James Joyce

Quando murió James Joyce en Zurich, el 13 de Enero de 1941, ya había aprobado la biografía, que estaba en prensa. de su amigo y confidente Herbert Gorman. En el último tiempo, aumenta la preocupación de los escritores ingleses y de otras nacionalidades por la magna obra del insigne y revolucionario artista irlandés. En una revisión fundamental para el conocimiento de la literatura contemporánea, el ensayista G. W. Stonier, comentando la técnica de Joyce, ha hecho una aguda clasificación de los novelistas. Existen, dice, los que van de la realidad hacia las palabras, es decir, los que tienen por núcleo de su arte, no la frase o el capítulo, sino el personaje, el gesto, la escena (Hardy, George Elliot, Dickens); y los que parten de las palabras, que ablandan su facultad

creadora en el acto mismo de la expresión. Para estos últimos, el personaje, el gesto, la escena emergen más vigorosamente a medida que surge la expresión exacta, que el ritmo se modifica y se mejora la eufonía. Sterne es, probablemente, el mejor ejemplo de este tipo, entre los escritores antiguos; y Joyce, entre los de nuestro tiempo.

Joyce, halló, fundamentalmente, sugere una realidad, a través del complejo proceso de las palabras. Uno de sus comentaristas más destacados, Stuart Gilbert en su estudio del Ulysses, anota que en toda la obra de Joyce, la palabra es siempre escogida en relación con las asociaciones que evoca, y controlada, a la vez, por una lógica de las más severas. Pero esta inclinación joyciana, que lo arrastró a sentir una fe enorme

en el destino de las palabras, tiene, en su último libro *Finnegans Wake* una experimentación verbal que parece excesiva.

Las palabras son, naturalmente, la materia expresiva de todo escritor, pero el arte literario se esmera, por lo general, en la combinación de los elementos ya cristalizados, no en la transformación celular de la substancia lingüística. Como recordaba el profesor Livingston Lowes, las palabras no son en sí poéticas o antipoéticas: son poesía latente. Joyce parece indicar, con el ejemplo de su última novela, que su deseo estético, consciente o inconsciente, era convertir la palabra en “forma estética”. No combina con los procedimientos estilísticos normales los elementos individualizados de la lengua,

sino que los fusiona o los transforma íntimamente. En otro sentido, no se contenta con crear un estilo, sino que se construye un lenguaje, cuya dificultad desde el *Ulysses* a *Finnegans Wake* ofrece escarpadas cimas, nublados promontorios y golfos de difusa luz crepuscular. No le bastan las asociaciones que contienen las palabras, de las cuales deriva su singular riqueza de refracciones idiomáticas, que algunos denominan, como Mariano Menent, la “ambigüedad poética”. Llega a fundirlas en nuevas unidades para obtener una mayor densidad asociativa y aportar elementos de otras lenguas, que él obtenía de un laboratorio clásico en que el griego y el latín ofrecían riquezas imponderables. Creo así lo que se ha designado con el nombre de “sincretismo lingüís-

tico”. Un ejemplo lo ofrece la palabra “silvamoonlyake” con la que enlaza la idea de bosque (silva), la de claro de luna y aún puede incluir la de lago, porque no sabemos si “moonlake” es una grafía dialectal de “moonlight” (claro de luna) o la fusión de las palabras “luna” y “lago”. Pero otro término, que exhibe un crítico, da todavía una idea más justa del intrincado conjunto de sugerencias que perfila el último estilo de Joyce: el de *Finnegans Wake*. Se trata de la palabra “forstfell-foss”, que incluye el sentido de “primerro”, de “bosque”, de “caída” y de “casacada”. La sílaba “foss”, explica el comentarista Robert Sage, proviene de una voz escandinava que significa “cas-

(Pasa a la pág. 6)

5ª. EPOCA - AÑO V - N.ºs. 53 - 54 - 6 DE NOVIEMBRE DE 1943

WINETT DE ROKHA

EL TEATRO EN LOS SOVIETS

Nueve años que aflora a los escenarios de Moscú el teatro gitano. El primer impulso fué hacer resurgir el arte popular gitano traído desde las entrañas de aquellos errantes, analfabets, desventurados seres de leyenda y tragedia, sumergidos en sus costumbres seculares, eternos nómades bajo los cielos crudos de las estepas. Como enjaular gorriones fué reunir los coros de gitanos para transformarlos en actores profesionales. Pisado el prosenio y terminado el espectáculo arrancaban, en un principio, a pernoctar, fuera de la urbe, arrinconados de nuevo bajo las tiendas del campamento.

La enseñanza del teatro gitano se hace hoy paralela a las lecciones del lenguaje ruso y gitano, historia del teatro y teoría del arte dramático. Frente a esta empresa colectiva está Ianshin, actor consagrado del Teatro de Arte de Moscú, quien trae la fe y el diploma de dos maestros del teatro ruso: Stanistavsky y Niemerovich-Danchenko.

Innumerables son los actores de talento, los magníficos intérpretes de esta modalidad teatral creada por el teatro "Romen", perteneciente al Estado. Aquellos actores vagabundos han encontrado en él una escuela original donde no sólo cogen las formas escénicas sino conocimientos de cultura general.

"Makar Chudra", de Máximo Gorki, "Bodas de Sangre", de García Lorca, "Los Gitanos", de Pushkin, "Boda en el Campamento" del escritor gitano Romm-Lievieviev, han congregado en el "Romen" inmenso público.

Un artista emérito de la República: I. Donskoy, describe la presentación de "Makar Chudra" en frases sencillas, sin aspavientos, con esa natural desenvoltura con que los hombres del Sov'et traían las grandes y las pequeñas cosas de su desenvolvimiento.

Nos imaginamos al oírlo y al mirar las fotografías adjuntas un prosenio llenado con una choza típica y pintoresca.

Allí está recostado entre sus chamantos el viejo gitano Makar Chudra, sus cabellos toman el hábito del cielo y se confunden con el humo de la pipa y su sombra.

Cuenta la historia de amor de dos altivos corazones a un hombre atento y abismado que escucha. Este hombre se parece, por rara coincidencia, al Máximo Gorki de los años mozos.

"A ver, muchacho," dice Makar Chudra, "quieres que te cuente algo sucedido? Réntelo en la memoria y si lo haces, serás toda la vida un pájaro libre. Loyko Zobar vivía en el mundo, era un gitano joven. Toda Hungría y Bohemia, S'lovaquia y todos los mares que lo circundaban lo conocían: ¡un valiente!..."

Los cortinajes se corren lentamente, el verde terciopelo y las zarandajas de cobre que lo guarnecen ofrecen un pequeño escenario donde en una taberna bebe con sus

amigos Loyko Zobar. Después de la taberna junto al camino, sucede el campamento a la orilla de un río. Makar Chudra continúa su relato.

"De ella, de esta Radda, no podría expresarme con palabras. Acaso su belleza podría expresarse en un violín pero sólo para aquellos que pulsen el violín como a su propia alma. Loyko Zobar amó a la despreciativa Radda. Sólo ella se burlaba del muchacho a quien todos querían".

Una fiesta. Los gitanos traen la feria en sus almas. Recogen sus dineros. Se canta, se baila. En medio de todo Loyko dice su amor a Radda. Ella lo humilla con saña. Cae la noche y el río pateado canta en el corazón de Radda y entrega su corazón a Loyko. Pero antes necesita que el bello y orgulloso gitano se postre a sus plantas y le bese la mano derecha en señal de rendimiento en presencia de todo el campamento.

Grita la libertad en las venas del gitano, él, Loyko Zobar, no se humillará jamás a los pies de la mozoela.

Arde el campamento con el espectáculo, todos aguardan, pero el valiente Loyko atraviesa con su puñal el corazón amado de Radda; ella agoniza y expira murmurando: "Loyko, sabía que harías esto..."

"¡Oh!, sí, ahora me arrodillo ante tí, reina orgullosa", dice Loyko y cae a los pies de la gitana muerta.

El padre de Radda toma el puñal empapado en la sangre de la muchacha y mata a Loyko Zobar.

La noche ampara las sombras de los muertos. El hermoso gitano no alcanza a la activa Radda y se pierden en el silencio y en la oscuridad inmensa.

Y termina la narración el viejo gitano Makar Chudra.

Así el teatro "Romen" entrega este espectáculo lleno de cantos, danzas, música, colorido, animación, realización, hacen del cuento de Gorki una creación estupenda.

Siglos de siglos, la errancia del pueblo gitano amarró los crepúsculos y los caminos de toda Europa. Junto a las huercas en las noches profundas, estos nómades, al rumor de los bosques y el polvo de los caminos sin término crearon su arte maravilloso: la melodía de sus canciones y la expresión de sus danzas. Allí podriase cojer enlazado a los cuernos y a las zarzantas el sibido del viento, el relincho de los caballos salvajes, el rodar de las ruedas de sus carromatos lúmbres, el lanto triste del niño y del hombre. La vida entera sobre esos carros que sólo tenían un consuelo: la canción, la canción que hace olvidar y que satura y embriaga, que da calor y vida, la canción que engendró la luminosa danza gitana.

Se han celebrado en Moscú, regularmente, décadas del arte dramático de los más diversos pueblos de la URSS.

Georgianos, armenios, ucranianos, bielorrusos, etc., han venido a dar en Moscú sus óperas y dramas. Estas décadas del campamento a la orilla de un río. Makar Chudra continúa su relato.

"De ella, de esta Radda, no podría expresarme con palabras. Acaso su belleza podría expresarse en un violín pero sólo para aquellos que pulsen el violín como a su propia alma. Loyko Zobar amó a la despreciativa Radda. Sólo ella se burlaba del muchacho a quien todos querían".

Una fiesta. Los gitanos traen la feria en sus almas. Recogen sus dineros. Se canta, se baila. En medio de todo Loyko dice su amor a Radda. Ella lo humilla con saña. Cae la noche y el río pateado canta en el corazón de Radda y entrega su corazón a Loyko. Pero antes necesita que el bello y orgulloso gitano se postre a sus plantas y le bese la mano derecha en señal de rendimiento en presencia de todo el campamento.

Grita la libertad en las venas del gitano, él, Loyko Zobar, no se humillará jamás a los pies de la mozoela.

Arde el campamento con el espectáculo, todos aguardan, pero el valiente Loyko atraviesa con su puñal el corazón amado de Radda; ella agoniza y expira murmurando: "Loyko, sabía que harías esto..."

"¡Oh!, sí, ahora me arrodillo ante tí, reina orgullosa", dice Loyko y cae a los pies de la gitana muerta.

El padre de Radda toma el puñal empapado en la sangre de la muchacha y mata a Loyko Zobar.

La noche ampara las sombras de los muertos. El hermoso gitano no alcanza a la activa Radda y se pierden en el silencio y en la oscuridad inmensa.

Y termina la narración el viejo gitano Makar Chudra.

Así el teatro "Romen" entrega este espectáculo lleno de cantos, danzas, música, colorido, animación, realización, hacen del cuento de Gorki una creación estupenda.

Siglos de siglos, la errancia del pueblo gitano amarró los crepúsculos y los caminos de toda Europa. Junto a las huercas en las noches profundas, estos nómades, al rumor de los bosques y el polvo de los caminos sin término crearon su arte maravilloso: la melodía de sus canciones y la expresión de sus danzas. Allí podriase cojer enlazado a los cuernos y a las zarzantas el sibido del viento, el relincho de los caballos salvajes, el rodar de las ruedas de sus carromatos lúmbres, el lanto triste del niño y del hombre. La vida entera sobre esos carros que sólo tenían un consuelo: la canción, la canción que hace olvidar y que satura y embriaga, que da calor y vida, la canción que engendró la luminosa danza gitana.

Se han celebrado en Moscú, regularmente, décadas del arte dramático de los más diversos pueblos de la URSS.

buscado una solución poderosa al hacer actuar numerosas escenas de masas que les proporcionan abundantes recursos insospechados al ser sabiamente utilizados.

D. Poliánsky se pregunta: "¿Hasta qué punto puede hablarse de un éxito exclusivo del arte buríato-mongol?" Acaso se refiere a la colaboración que los artistas rusos han prestado a los buríato-mongoles. Pero los artistas rusos si bien han estado junto a ellos no han alterado en modo alguno el carácter esencial del arte buríato-mongol, transmitido por tradición secular de generación en generación. Este hermoso arte asiático, por lo demás, no se ha "europizado".

"Estudiando los bailes se conocen las costumbres y muchas veces la historia de un pueblo", dice Igor Moiseiev, director artístico del Conjunto de bailes populares del Estado de la URSS.

Es así como nosotros trataremos de interiorizarnos en el arte coreográfico de estos múltiples pueblos cuya tradición artística es formidable.

El carácter, la cultura, la costumbre de cada pueblo se van lapidando en sus canciones y en sus danzas.

El Cáucaso soviético encierra verdaderos tesoros de coreografía popular. Armenia tiene más de trescientos bailes amorosos, guerreros, cómicos, reflejos de procesos del trabajo. Georgia es sorprendentemente original y expresiva. Azerbeidzhan se distingue por sus bailes severos. En el Asia Central es interesante observar el sentimiento e interpretación del ritmo, y así de varios otros pueblos particularmente interesantes por haber conservado el antiguo estilo sencillo y encantador.

Cambia la vida de los pueblos y cambian también sus bailes. Moiseiev nos cuenta un ejemplo característico: "La mujer, en Oriente y particularmente en Uzbekistan, llevó durante siglos la "parandza". Su rostro estaba cubierto por un velo obscuro. Ni un hombre extraño osaba ver sus ojos. En Uzbekistan habían muchos bailes individuales y por grupos separadamente de hombres y mujeres. No había ningún baile en el que tomaran parte hombres y mujeres reunidos. Cuando después de la Revolución, la mujer de Uzbekistan dejó caer su "parandza" empezaron a aparecer nuevos bailes. Ahora, los muchachos y muchachas uzbeques bailan juntos".

Igor Moiseiev hace cerca de cinco años que organiza por cuenta del Estado, conjuntos populares de la Unión Soviética. El baile clásico nacional resurge en los escenarios popularizando toda su belleza y creando sobre su base nuevas formas y modelos de arte coreográfico. Los primeros bailarines fueron aficionados donde se encontraron jóvenes que eran notables virtuosos de las danzas rusas y ucranianas. De entre es-

tos grupos muchos han transpasado las fronteras. En Londres en el "Festival Internacional de baile", fueron admirados. Estos conjuntos hacen viajes por la Unión Soviética actuando en todos los escenarios de las más apartadas ciudades del país.

Moiseiev en sus jiras visita esos puntos donde se encuentra con bailarines populares, asiste con sus "artistas" a las bodas, paseos, veladas, pobladas, "caules", para observar y tomar apuntes de los más interesantes bailes. Maestros de su ballet van a las más distantes regiones a estudiar el folklore. De este modo puede presentar en Moscú un repertorio variadísimo de bailes ucranianos, bielorrusos, tártaros de Crimea, de Azerbeidzhan, georgianos de Carelia, de Uzbekistan y moldavos, kalmukos y azharos.

En las innumerables fotografías venidas de Moscú no es posible, con palabras, describir los bailes en toda la belleza del movimiento, en toda la finura de los matices y acaso en todos los cambios de ritmos.

Hemos leído en "Noticias de Moscú", la descripción de uno de estos bailes populares kalmukos. Era algo así: se presentan en escena tres bailarines que corren a un ritmo frenético, imitando la carrera de un caballo. De pronto disminuye el ritmo, agitan los brazos en gestos elegantes, suaves, armoniosos, semejantes al vuelo de un pájaro.

En otras publicaciones se refieren a los bailes jocosos de los nanaitas (pequeña nacionalidad en el extremo norte de la Unión Soviética) y que el público aclama con entusiasmo. Se llama "lucha de los penueños". En el escenario luchan dos chiquillos, uno con su doja (pelliza forrada en piel de reno) blanca y el otro colorada; los dos caen juntos; juntos se levantan y no se sueltan uno a otro ni por un instante. De improviso sus botas vuelan en todas direcciones y el espectáculo dá al espectador una solución imprevista: una sola figura les llevaba puestas en brazos y piernas. Los dos penueños eran una y sola persona.

Fuera de estos bailes nacionales el Conjunto de Moiseiev ejecuta escenas bailables de diferente género. Por ejemplo el baile "La lírica de los suburbios de Moscú". Su acción transcurre a principios de nuestro siglo. La fantasmagoría de siempre en el escenario: la luna llena ilumina dulcemente a la pareja, más allá el acordeonista. El, un joven de la ciudad y ella una muchacha de la aldea. El, con el sentimiento de "superioridad" urbana hace el amor a la mozoela. Es un baile popular ruso muy parecido a nuestra cueca. Su ritmo es delicado y cauteloso.

Vuelvo a insistir en el auténtico talento artístico de estos intérpretes del arte del pueblo, competidores de bailarines profesionales y entre los cuales no se podría distinguir en nada a éstos de los que hubiesen cursado la escuela del ballet.

W. DE R.

BENEDICTO CHUAQUI

NAZIRA, LA ALUCINADA

—¿Nazira!
—¿Verdad que es un bello nombre? Y era de verla cuando de pie junto a la fuente, sosteniendo su cántaro por el asa, erguía su cuerpo esbelto, envuelto en amplios vestidos que el viento le ceñía, dibujando su cintura de junco y la firme curva de sus caderas. Sus mejillas teñidas de suave rosa, afinaban la gracia de su tez de flor, y en los ojos negros brillaba la lumbré de su lozana juventud.

Cuando transitaba con gracia ágil, por la calle de la aldea de Deir Eltin. (El convento del hijo) las gentes se quedaban mirándola para decir:

—Ahí va nuestra hermosa.

Entonces ella sonreía satisfecha, mostrando sus dientes de perlas, entre la pulcra encendida de sus labios, y seguía caminando despreocupada, como si no oyera los elogios a su persona. Pero en esos momentos sus pies eran más leves para pisar y la ondulación de sus caderas se quedaba como una estela de voluptuosidad que excitaba el deseo de los hombres y les hacía murmurar renegando:

—¿Quién irá a ser el hijo de perra que aproveche toda esa lindura?

Las personas que la conocían de cerca, aseguraban que Nazira, además de su belleza física, era inteligente. Sus padres, ricos agricultores, dueños de extensos campos y de una viña famosa en la región, la habían educado a la moderna en un colegio de Beirut. Y como era su único retoño, se miraban en ella, mimándola y satisfaciendo todos sus anhelos y caprichos. La Providencia no fué prodiga para darle muchos hijos. En cambio les compensó con aquella muchacha que era como una de esas huries del paraíso de Mahoma. Sus padres encontraban a su hija tan perfecta, que sonreían incrédulos y desdenosos cuando alguien hablaba de otra bella joven. ¿Cómo podría haber otra que igualase a Nazira?

No obstante, en medio de toda esta orgullosa satisfacción, una tremenda inquietud los roía. ¿Dónde hallar un mozo tan apuesto y gentil, que mereciera ser el dueño de tantos encantos reunidos en aquella niña? Aunque se daba gran importancia al dinero, en este caso no era lo esencial, porque ellos lo tenían en abundancia. Lo fundamental era descubrir a un mozo que, además de ser del agrado de Nazira, fuera tan educado como ella. Sus conocimientos y su cultura no podían desperdiciarse en manos de un palurdo.

Esperaron, esperaron mucho sin que este príncipe ideal apareciera. En los mozaibetes de la localidad no podía pensarse. Y ellos, como gentes que amaban la tierra en que vivían, no les era posible ir a residir a las grandes ciudades. Entonces consideraron que bien podía suceder que entre los muchachos solteros que volaban de América, atraídos por el recuerdo del terruño, llegara el tan apetecido varón que fuese capaz de hacer feliz a Nazira.

Y de pronto eso fué lo que ocurrió. Desde el Brasil arribó un día, Sami (Excelso) joven de gallarda figura y de limpio linaje. Retornaba de esas tierras del Nuevo Mundo.

con un gran caudal de experiencias, y en sus maneras se advertía de inmediato una distinción y finura que cautivó a los padres de Nazira.

¿A qué vendría Sami, sino a casarse con una mujer de su raza? La noticia corrió por todos los rincones de Deir Eltin y fué vivamente comentada. Los vecinos se reunían a discutir el asunto y comenzaban a pasar revista a todas las muchachas del lugar, hablando de sus cualidades de dueñas de casa, de sus atractivos y de sus medios de vida; mas siempre vislumbraron algún defecto, que las rebajaba ante los méritos de Sami. Y resignados, como si todos fueran presa de un grave error, lanzaban una carcajada, exclamando:

—¡Si es inútil conjeturar! No hay más que Nazira. Ella es la única digna de Sami.

Así lo comprendieron también los padres de la muchacha, y ella misma, estaba persuadida de que no podía ser de otra manera.

Los vecinos volvieron a reír, burlándose de sí mismos. ¿Cómo era posible haber estado discutiendo una cosa tan clara? ¡Si Nazira había nacido para Sami, y Sami para Nazira!

Era realmente absurdo haber discurrido de otro modo, aunque fuera por un momento. Ninguna joven de criterio debía honestamente aspirar a ser la esposa de Sami estando allí Nazira. Además, ella, educada a la moderna, tenía la facultad de exhibir su rostro a todo el mundo, al revés de las otras mujeres de la región que lo ocultaban detrás de espesos velos.

Y Sami, un día que la vio caminar junto a la cerca viva que cerraba el dominio de sus padres, se convenció que no había para qué pensar más en el asunto. Se sintió halagado cuando la joven pasó junto a él, y las ondas de sus mejillas se encendieron hasta el carmin, aunque él no le expresó ninguna de esas palabras de admiración que los demás le tributaban su homenaje.

Rompiendo todas las prácticas sociales, los padres de Nazira resolvieron invitar a almorzar a su casa a Sami. Este, acostumbrado a la vida libre de todas las trabas que la religión aún impone a los habitantes de Siria, aceptó complacido.

La mesa estaba magníficamente engalanada y servida con verdadera esmerada. La madre, sentada al lado de Sami, le sonreía con maternal solicitud. Y cuando él, cumplidamente, elogió los adornos y las exquisitas viandas, la buena señora le susurró, extremando su sonrisa de complacencia:

—Todo es obra de Nazira. ¡Es tan inteligente y prolija para las labores domésticas!

Los demás comensales no oyeron el elogio, pero sí Nazira, cuyo rostro se ruborizó. La luz caída de sus ojos se entulzó con una mirada de gratitud para su madre. Esta que no cabía en sí de dicha, exclamó:

—¿Ves que prodigio de finura es Nazira? Es de una perspicacia sutil.

Y dirigiéndose a su hija le dijo con emocionada ternura:

—Anda, alma mía, a llenar este jarro de vino al sótano y nos lo traes rápidamente.

Apil como una gacela saltó la joven. Iba con la cabeza llena de felices augurios. Porque Nazira, omitió decirlo, significaba visión. Y este nombre correspondía a la característica de la joven ya que Nazira vivía siempre presa de sueños y alucinaciones que la arrancaban de la realidad y la hacían olvidar hasta las preocupaciones más indispensables de la vida real. De esta suerte su semblante adquiría cierta dulce languidez y la llama de sus ojos se suavizaba como una luz crepuscular.

Sami contempló gozoso la silueta de la joven, imaginando lo feliz que sería al lado de la esposa que su destino le deparaba. En los ojos de los comensales leyó también muy claro lo que pensaban: —Eres un hombre con suerte—, decían aquellas miradas.

Pero sucedió algo inesperado. Pasó un largo rato sin que Nazira volviese de la bodega que sólo distaba unos cuantos metros del comedor. ¿Qué podía haber acontecido? La madre sonreía tranquila, cierta de que ninguna dificultad podía surgir sin que Nazira la solucionara. ¡Era una muchacha verdaderamente genial! Mas, como el almuerzo se estaba enfriando, la madre entendió a la doméstica que fuera a verla. Y ésta tampoco regresó. El padre sin poder disimular su molestia, insinuó a su mujer que se levantara a averiguar lo que sucedía y, ¡voluntad de asombro!, tampoco ésta apareció.

Entonces el dueño de casa, pidiendo permiso a los comensales, tomó del brazo a su futuro yerno para decirle en son de chanza: —Vamos a ver qué pasa. Seguramente esta es una broma de Nazira.

Sin embargo su voz insegura denunciaba la inquietud que lo poseía. Rápidamente los hombres caminaron hacia el sótano y, al entrar en él, tuvieron la más grande de las sorpresas. Una escena extraña y conmovedora se presentó ante sus ojos. De la llave abierta del tonel, seguía cayendo el vino hasta formar una laguna en el piso de la bodega, mientras las tres mujeres lloraban inconsolables. La madre y la doméstica gemían, murmurando entreotroadamente:

—¿Qué niña tan visionaria! ¡Dios la guarde! ¡Dios la guarde!...

Los hombres no afinaban qué cosa pensaban. Pero el padre, no obstante lo insólito del hecho y su profunda turbación, corrió presuroso a cerrar la llave del tonel. ¡No era posible perder de esa manera el mejor vino de la casa! Después se volvió a apaciguar a las mujeres apremiándolas a explicar lo que ocurría.

Era en realidad caso extraordinario que Nazira hasta que punto la imaginación de Nazira enajenaba su mente. Pues, aunque perezosa absurdo, la verdad es que la joven, cuando llegó al sótano, se sintió presa del ensueño y de las más bellas fantasías. Dejó en el suelo, bajo la llave abierta, el jarro, a fin de que el esfuerzo de sostenerlo, no perturbara su éxtasis. Y entonces, Sami, se le presentó como un príncipe ataviado con un traje lujoso, que descendía de un corcel plateado para aproximarse a ella, rendidamente, a tributarle el homenaje de su cariño. Y luego se iban corriendo del brazo, del cielo claro, mientras él la arru-

llaba con sus amorosas palabras, caminando hacia la mansión donde ocultarian su felicidad. Entretanto, ella arreglaba la casa, guisaba, preparándole los más exquisitos dulces de leche. Sami iría al campo a trabajar la hortaliza y la arboleda. Cuando todo estuviera listo ella iría a buscarlo entre la sombra de las higuieras, de los almendros o de los olivos, cuyas hojas grises agitaba la brisa. Un día ella se sentiría grávida, y más tarde en el hogar se oíría el llanto de un niño y las canciones con que ella lo arrullaría.

Olvidió el almuerzo y las visitas. Olvió también el jarro bajo el chorro de vino, y poseída cada vez más de su embeloso, alzó los ojos hacia el techo por donde entraba un luminoso rayo de sol que brillaba y hacía destellar un gran perno de fierro que asomaba en una de las vigas. Y de inmediato advirtió que no había tal perno allí, sino un precioso niño que, sujetándose por milagro de la viga, se balanceaba en el aire, junto a ese rayo de sol que hacía brillar su cabellera rubia. Hubo un instante en que lo vio desprenderse de la vida. Sus piececitos rosados se agitaban en el aire. ¡Por Dios, se iría a despedazar encima de los toneles! ¡Y ese era su hijo y el hijo de Sami! Lanzó un grito y se puso a gemir y a llorar desconsolada. ¿Cómo era posible que perdiera a su primer hijo?

Aquella comprobación de sensibilidad y de la fantasía de Nazira, determinó su inmediato enlace. Cuando los vecinos se impusieron de la alucinación de Nazira y de cómo la trastornaban sus visiones interiores, ya nadie pudo dudar de que en ella había algo de divino y entonces alabaron el buen criterio de Sami asegurándole una vida dichosa al lado de aquella joven de emociones e imaginación privilegiadas.

Los flamantes cónyuges apartaron vivienda seguramente pensando en que su aislamiento contribuiría a su mayor felicidad. Sami se dedicó al cultivo de un pequeño predio y Nazira, tal como lo había soñado, a los quehaceres del hogar. Así vivían dichosos, y se olvidaron un poco de los demás, porque el tiempo era corto para gozar de su amor y de la apasionada vehemencia de su juventud. Sami salía de cuando en cuando a vender sus productos a la ciudad, y por las tardes, Nazira, después de realizar todos sus menesteres domésticos, iba a su encuentro a esa hora en que el sol se ocultaba en el horizonte iluminando el follaje de los grandes cedros que se levantaban en las colinas.

Y un buen día, feliz, como todos los que ellos disfrutaban, Sami se marchó a la ciudad, llevando algunos productos de su predio. Recomendó con palabras cariñosas a Nazira, que si el tiempo se lo permitía, fuera a la chaqueta a efectuar una labor de limpieza de carácter urgente. Le rogó, además, que retornara temprano a la casa y lo aguardara con un guiso de garbanzos que ella sabía preparar exquisitamente. La besó en los labios y se despidió alegre y confiado.

Nazira al verse sola se sintió acometida de una dulce lassitud. Aquel trabajo de la chaqueta no era tan grande y lo haría en muy corto tiempo. Tendría en un diván, estivo entregada al ensueño de su venturosa exis-

tencia. Cerca del mediodía logró sobreponerse y después de desperezarse largamente, cargó los alimentos y utensilios que necesitaba para la comida y se dirigió con paso lento hacia la huerta.

Antes de ponerse a trabajar, estuvo largo rato pensando en cuál de las cosas haría primero: si ponerse a desmenujar la plantación o preparar su merienda. Finalmente, tras paciente cavilación, decidió guisar los garbanzos con tanto entusiasmo y amor, que aquel plato era en realidad un verdadero manjar. La olla repleta esparcía una apetitosa fragancia que empezó a provocar en Nazira una imperiosa disposición a gustar de la comida. Joven y saludable, no conocía lo que era un romadizo ni un disturbio estomacal.

Sin embargo supo contenerse dedicándose al trabajo que le encargara Sami. ¡Qué contento estaría el cuando viera la chacra limpia y saboreara aquellos ricos garbanzos, que acababa de cocinar! Pero el olorcillo incitante comenzó a llamarla cada vez con más angustia hasta convertirse en una tortura. Se desvaneció la imagen de Sami y sólo prevaleció en ella el deseo de satisfacer su torturante apetito. Arrojanado la pequeña azada, se fué a sentar al lado de la olla y comió, comió con una avidez que era más bien voracidad. Sin darse cuenta de lo que hacía, estimuló su gazuza devorando a la vez varias cabezas de cebollas verdes. Y no supo cómo dejó la olla vacía, tan vacía como cuando la trajo de su casa. Lejos de sentirse avergonzada, rió satisfecha, casi orgullosa de su capacidad digestiva. Entonces pensó: —Nazira siempre pensaba mucho— en que tendría tiempo suficiente para guisar una nueva olla de garbanzos que quedaría tan buena como la que acababa de engullir.

Quiso levantarse y le fué imposible. Estaba tan llena, que apenas cabía en sí. Otro intento de moverse también fracasó. Su voluntad desaparecía entre la niebla del sueño, a que la invitaba con apremio el cálido sol estival. Luego principió a consumirla la sed, y esto le dió un poco de fuerzas para arrastrarse hasta un arroyuelo que pasaba por allí cerca, donde bebió largo rato, hasta que, jadeando de hartazgo, pudo satisfacerla. El sueño la derrumbaba totalmente, claro que trató de reflexionar en si era más conveniente dormir o trabajar. Y antes de que su juicio la aconsejara se sumergió en el más profundo letargo.

Y llegó la noche, y con la noche Sami, que la buscó inquieto y afanoso por todas las habitaciones de la casa, y como no la encontró fué a preguntar por ella a la casa de sus padres, y luego a la de algunos vecinos. Nadie la había visto durante todo el día.

Entonces, recordando el encargo que le hiciera, fué a buscarla a la chacra, llamándola a grandes voces, y luego tiernamente, pensando en que era alguna broma que su joven esposa le hacía. Y de súbito sus pies tropezaron en la densa oscuridad con un cuerpo humano, pesado, que tactó en diversas partes, pellizcándolo sin que diera señales de vida. Un poco asustado se alejó de ese cuerpo, pero antes se le ocu-